

fesada como industria para tiranizar y explotar á los hombres!—En cambio, nosotros los filósofos defendemos los fueros de la razón, la causa de la verdad, la despreocupación del entendimiento, la dignidad de la especie humana!—¡Nosotros no queremos que nadie viva engañado, ni sometido á las desigualdades de la suerte, en la esperanza de otra vida y de un Cielo, que no pueden existir, que no existen, que repugnan á la buena lógica, como lo demuestra el célebre dilema de Epicuro....

Pero el teólogo no oía ya al farmacéutico, pues se había marchado efectivamente, dejándolo con la palabra en la boca.

La mayoría del público, y con especialidad las personas graves, comenzaron á desfilir también, renunciando á las decantadas ventajas de convertirse al ateísmo, con lo que pronto la tertulia quedó en cuadro....

—Pero ¡hombre! (arguyó entonces el Capitán encarándose con Vitriolo): Suponiendo que todas esas infamias que usted dice sean ciertas, ¿qué adelanta con darnos tan malas noticias? ¿Qué pierde usted con que yo me consuele de mis

reumas, de mi retiro forzoso, del atraso de mis pagas, y del disgusto de conocer á muchos malvados como usted, esperando, como espero, ~~hacer~~ en otra parte una campaña mejor que la de esta pobre vida?—¿Me equivoco?—Pues déjeme usted en mi dulce engaño! ¡No haga usted el oficio de Satanás! Piense usted en sus ungüentos, y déjenos á nosotros con nuestros santos de madera, que también nos sirven de medicina!

¡Valiente modo de discurrir! (contestó el boticario).—¡Bien se conoce que no ama usted la "verdad" ni ha visto un libro por el forro!—¡Los militares fueron ustedes siempre oscurantistas, inquisitoriales, serviles!

—¡Vaya usted mucho enhoramala! (repuso el capitán, levantándose): ¡Yo no soy servil! ¡Yo soy más liberal que usted! ¡Yo me he batido contra Napoleón y contra Angulema! Yo he derramado mi sangre, defendiendo la Independencia y la libertad de mi patria, hasta que, por viejo y achacoso me dieron el retiro...—Pero todavía soy capaz...—En fin, no quiero incomodarme...—Repito que hago una tontería en venir por aquí...— ¡Todos sois unos impíos, unos luteranos,

unos mocosos, que debíais estar en la Cárcel...—Son las ocho, y voy á ver si me dan de almorzar.

Grandes carcajadas y burlas produjo en los mozalvetes el apóstrofe del veterano; y, como en pos de él se marchase la poca gente de viso que ya quedaba en el corro, penetraron aquéllos en la botica, donde el maestro, atendida la especialidad de las circunstancias, les dejó meter mano al cajón del "palo-dús," y hasta fingió no reparar en que algunos se empinaban las botellas del jarabe simple, del jarabe de corteza de cidra y del jarabe de altea.

Terminado el refrigerio, todos se fueron á sus casas á continuar almorzando, menos Paco Antúnez, á quien había dicho Vitriolo:

—No se marche usted, señor Jefe de Estado Mayor.—Tenemos que hablar...

—¿Qué hay? (preguntó el mimado disipulo con cierto aire de valiente.) ¿Qué dice la "Volanta?"

Paco Antúnez, era, en efecto, según ya había indicado su "jefe espiritual," el mozo más temblado y terne de aquel plantel de descreídos, así como el más calla-

do, el más fino y el de mejor figura: en resumen, era el más "guapo" en el triple sentido de la palabra.

Vitriolo le contestó con suma afabilidad:

—La "Volanta" está en muy buen terreno.—Tú sabes que fué una labradora muy acomodada, y que su afición al aguardiente la hizo caer en las garras de Don Elías, quien la dejó pidiendo limosna... Hoy le dan de comer á Soledad y á su madre, más bien por remordimiento que por caridad, de donde se deduce que ella las detesta con todo su corazón. En cambi como ve que yo soy el abogado consultor de los pobres; que no voy á misa, y que le hago de balde ciertos unguentos para sus oficios de curandera y de bruja, me quiere con toda su alma, ve en mí una especie de Vicario del Diablo, único Dios en que cree, y me cuenta todo lo que sucede en casa de la "Dolorosa."—Ahora bien: por ella he sabido que la seña María Josefa fué quien mandó anteanoche romper por varios puntos la gran acequia de la Fábrica, tan luego como se enteró de que llegaba Manuel Venegas, obligando así á marchar á allá á Antonio Arregui y ganando tiempo para entenderse con el

burlado amante.... La misma "Volanta" proporcionó el hombre que rompió dicha acequia, y ella también debía procurarme á mí hoy, según me ofreció anoche esta ú otra persona que fuese á la Fábrica, como por casualidad, y participase á Antonio Arregui el regreso del "Niño de la Bola,....—¡Seis reales le dí para ello!...

—Son tres leguas de ida y tres de vuelta....—¡No estuvo mal!—pronunció flemáticamente Paco Antúnez, encendiendo un buen trozo de lo que entonces se llamaba "tabaco negro."

—No estuvo mal... (repitió Vitriolo).—pero es el caso que todos los hombres á quienes ha propuesto el trato la "Volanta," recelan que se entere el "Niño de la Bola," y ninguno se atreve á ir á la Sierra...—¡Ya ves qué contrariedad!—Son las ocho de la mañana, y es menester que el marido de la "Dolorosa" se halle aquí antes de la hora de la Procesión....

—La Procesión es á las cuatro....—observó Antúnez, chupando aquel veneno que tenía en la boca.

—¿Te atreverías tú á ir?—preguntó Vitriolo, afectando gran indiferencia.

—¡Yo no!—respondió inmediatamente el discípulo, con una frialdad impropia de sus veintidós años.

—Puedes fingir una cacería... (insistió Vitriolo). Coges el caballo y la escopeta, y en dos horas estás allí.—Arregui no podrá maliciarse que vas expreso á darle la noticia.

—He dicho que no voy...—replicó Antúnez, mirando el humo de su cigarro.

—¿Temes que se lo cuenten á Manuel Venegas? ¿Te asustas tú también del "Niño de la Bola?..."

—No es eso, amigo Vitriolo.—Te temo á tí; me asusto de tu ferocidad.—Cualesquiera que sean mis ideas religiosas, ó, mejor dicho, aunque no me hayas dejado ninguna, yo no he nacido para matar con mano ajena.—Yo no soy, como tú, indiferente á la moral y á la política: yo amo el bien, aunque no crea en otra vida futura... Yo soy republicano.

—Ya lo sé... y haces muy mal... (respondió Vitriolo).—Lo mejor es no ser nada.

Antúnez replicó en el acto:

—Para hablar así, hay que principiar por donde tú principias, por aborrecer á la especie humana.—Ahora bien: yo no

la aborrezco: yo amo á los hombres y deseo su dicha, como la desearon Catón, Bruto y Robespierre....

—Pues entonces, fingete cristiano!... (dijo Vitriolo, riéndose). De esa manera podrás ofrecer dos bienaventuranzas á tus adorados prójimos, ó sea una de presente, y otra de futuro; una en esta vida, y otra donde cuentan los sacristanes.

—¡Yo no sé decir lo que no siento! (contestó el filántropo); y por eso precisamente me niego á ir á engañar á Antonio Arregui, ocultándole el objeto de mi excursión á su fábrica...

—¡Pero tú olvidas lo que hablamos anoche! (exclamó Vitriolo muy apurado). ¡Tú olvidas que, si Don Trinidad Muley empastela este asunto, la victoria será de las ideas místicas! ¡Dirá el clero y repetirán las viejas que ha habido "milagro," como lo dijeron en 1832, cuando Manuel Venegas dejó de matar á Don Elías Pérez la tarde de la famosa Rifa!—Contaba entonces Don Bernardino, el Sacristán de la Parroquia, que, si no ocurrió allí una muerte, se debió á que Don Trinidad se abrazó á la Efigie del Niño del Dulce Nombre, pidiéndole auxilio....—Hay

más: la señá Polonia, el ama.... ó la querida del Cura... (No frunzas el entrecejo: admito que sólo sea su ama...) tomó de aquí pié para soitar la especiotita de que la tal Efigie, decidida protectora del hijo de Don Rodrigo, le devolvió el habla cuando muchacho...—¡Todo esto es muy grave!—¡Antúnez! ¡ó somos ó no somos enemigos de la superstición! ¡Tu causa es la mía, aunque yo no sea republicano, ni monárquico! ¡Hay que desvanecer esas patrañas! ¡Hay que evitar un nuevo triunfo de Don Trinidad Muley!

—Desengáñate, Vitriolo... (contestó fríamente el republicano). Lo que á tí te mueve en esta empresa, no es la Filosofía, á que yo también rindo ferviente culto, sino el insensato amor que tuviste á la "Dolorosa," convertido en odio mortal, por haber ella obligado á un perro á comerse tu amante...—  
Yo ignoraba anoche tan divertido lance; pero esta mañana me he enterado de él, como todo el pueblo, por haberlo referido anoche el Afrancesado á sus tertulios....

Vitriolo se retorció convulsivamente, y ~~se~~ especie de alarido...—Irguióse

luego y dijo con dolorosa mansedumbre:

—No te lo negaré yo á tí, que eres mi ojo derecho... No te negaré, mi querido Paco, que también procedo á impulsos de ese rencor inextinguible.... No te negaré que la felicidad de la "Dolorosa" me vuelve loco; que necesito verla llorar tanto como yo he llorado, y que la ocasión es ésta!—Pero no por eso dudes de qué, al propio tiempo que vengarme, quiero defender la santa Filosofía, única gloria y consuelo de mi pobre existencia!—¡Si yo trato de evitar que los Curas hagan creer á los necios en un "milagro" de las ideas religiosas que nos ponga en ridículo á todos vosotros y á mí! ¡Yo quiero libraros y librarne de una silba de todo el pueblo!—Don Trinidad Muley, con sus limosnas, entremetimientos y gramática parda, es el levítico que más daño hace hoy en esta ciudad á la causa de la "razón."—¡Hay que presentarle una batalla campal! ¡Hay que destrozarle para siempre!

—En ese punto está repitiendo palabras más... ya que por lo tocante á la persona de Don Trinidad (que es un buen hombre sin malicia ni talento), en lo que

respecta al verdadero bando apostólico....—Pero, entre combatir el error, y lo que ahora me pides; entre predicar uno sus ideas filosóficas, y traer al matadero á un hombre de bien, hay mucha, muchísima distancia.—Repito que no voy á la Sierra.

—¡Pues no vayas! (exclamó Vitriolo con sumo desprecio).—Yo me las compondré sin tí.

—¿Irás tú mismo á buscar á Arregul?—preguntó irónicamente Paco Antúnez.

—¡Así pudiera cerrar la botica!—Pero estoy solo, y no puedo moverme de aquí ni de día ni de noche.—Por lo demás, ten entendido que yo soy el único hombre de este pueblo que no le teme al "Niño de la Bola."

—Dos ó tres veces te he oído decir eso... —¿Quieres explicarme'o?

—Tiene muy poco que explicar.—No le temo, porque soy cobarde.

Y, al hablar de este modo, Vitriolo se erguía con especial orgullo.

—¡Gran verdad has dicho! (exclamó Antúnez).—El mundo es de los que no pelean; ó, más bien, de los que no dan la cara....—No hay quien corra menos peligros que un cobarde....—El desprecio

de los valientes les sirve de escudo...—  
En fin.... ¡allá tú!—Yo me retiro, con  
tu licencia.

El boticario suspiró melancólicamente,  
y murmuró, como hablando consigo mis-  
mo:

—¡Hay pocas naturalezas cabales!...

—Pocas,—repitió Antúnez.

—Con todo, ¡por algo seré yo vuestro  
jefe!

—Ya lo creo... ¡y aun por algos!

—¿Estás pesaroso? (interrogó vivamen-  
te el farmacéutico). ¿Piensas tú también  
abandonarme?

—Sí; te abandono ahora, porque me voy  
á almorzar,—contestó el discípulo ma-  
yor, sonriéndose indefiniblemente.

Y se marchó muy despacio, dejando su-  
mido á Vitriol en dolorosas meditacio-  
nes.

El resto de la mañana fué, cual si di-  
jéramos, una ampliación de la tertulia  
que hemos presentado en la puerta de  
la botica.—Tan luego como el vecindario  
acabó de almorzar, llenóse otra vez la pla-  
za de corrillos y de paseantes, cual si allí  
se celebrara la gran fiesta del día, y no  
en el barrio de Santa María de la Cabe-

za. Contra la inveterada costumbre, mu-  
chas personas principales del pueblo, y  
desde luego todos los hombres de armas  
tomar ó aficionados á ruidos y reyertas,  
dejaron de asistir á la solemne misa que  
en aquel instante se cantaba en la Pa-  
rroquia gobernada por Don Trinidad Mu-  
ley.—“¿A qué ir? (parecía decir la gente),  
cuando sabemos que Manuel Venegas es-  
tá encerrado en esa casa?”—No aparta-  
ban, pues, los ojos de aquellos mudos bal-  
cones ó de aquella inexorable puerta los  
grupos diseminados acá y allá, y hasta los  
mismos paseantes volvían la cabeza á ca-  
da momento, para ver si daba señales de  
vida el albergue del infeliz recién lle-  
gado.—Tenía aquello algo de la expectati-  
va del público en una plaza de toros,  
cuando los aficionados bullen todavía en  
el circo, esperando á que se anuncie la  
salida de la fiera, para quitarse de en-  
medio y dejar á otros el cuidado de hacer-  
le frente...—O, más bien, era un caso  
igual al de los antiguos torneos... ¡Ma-  
nuel y Antonio veíanse como obligados á  
optar entre la pelea y la deshonra! “San-  
gre ó rechifa?” parecía ser el estribillo del  
coro.

Llegó la hora de comer (las dos de la

tarde), sin que se hubiese movido ni una mosca en casa de Venegas (no obstante haber estado llamando dos veces al portón el ama de Don Trinidad Muley y otras dos, un acólito de la Parroquia de Santa María), y el público se retiró de la plaza....

Pero no habían transcurrido veinte minutos cuando ya se hallaban de vuelta algunas personas.... (¡Parcas fueron en el comer, ó poco abastecida estuvo su mesa!)—Otras regresaron algo más tarde: acudió, por añadidura, mucha gente que no había estado allí por la mañana, y, con todo ello, la plaza acabó por parecer un animadísimo campamento... ¡Baste decir que varios mozos, y hasta algunos sujetos muy formales, hablaban ya de su firme propósito de no ir á la Procesión, si veían que Manuel no concurría á ella, y de pasar allí el resto de la tarde!...

De pie á la puerta de su tienda el verdadero general de aquel ocioso ejército; quiero decir, de pie á la puerta de su botica el intrépido Vitriolo, se restregaba las manos, al ver que todos, por comisión ó por omisión, estaban secundando su plan de batalla, y daba instrucciones á sus oficiales de Estado Mayor, para que

sembrasen entre los corrillos las ideas más conducentes al triunfo de la ira sobre la paciencia, ó, como él decía, "al triunfo de la razón sobre las preocupaciones."

De pronto, cundió por toda la plaza una noticia que revolvió y barajó los grupos, formando otros nuevos y más numerosos, en que ingresaron hasta los paseantes...—¡Pepa la peinadora acababa de cruzar por allí, diciendo que venía de rizar el pelo á la señora de Arregui, en forma de tirabuzones iguales á los de la forastera, y que en aquel momento la dejaba vistiéndose de tiros largos para ir á la Procesión en compañía de su madre....

No habían empezado los comentarios acerca de este grave acontecimiento, cuando ocurrió otra novedad, que puso el colmo á la agitación de la muchedumbre....—¡La puerta de la casa de Manuel Venegas se acababa de abrir, y Basilia, su ama de gobierno, estaba en el portal, notificando al público que el hijo de Don Rodrigo Venegas había comenzado á arreglarse para ir á la Procesión del Niño de la Bola!

La alegría, el miedo y el entusiasmo de

la multitud no tuvieron límites... Hubo hasta aplausos de la gente baja, y silbidos y carreras de los pilluelos; advertido lo cual por el alcalde, temiendo un motín ó cosa parecida, aconsejó á todos, por honor de aquella Ciudad, antigua Colonia fenicia y romana, y posteriormente corte de no sé qué rey moro, que se trasladaran á la carrera de la Procesión (donde parecía más natural que estuviesen reunidas aquella tarde las personas decentes), y que allí esperasen con la debida compostura la llegada de su querido paisano Manuel Venegas,—quien no dejaría de alegrarse mucho de poder salir de su casa como un hombre serio y formal, y no entre aquella especie de rebullicio....

Penetráronse de estas razones los agitados grupos, y casi todos se disolvieron, ó, mejor dicho, se encaminaron en masa hacia la Parroquia de Santa María, cuyas alegres campanas anunciaban ya con su primer repique que apenas faltaba una hora para la Procesión....

Sigamos nosotros el turbión de la gente, y trasladémonos también á aquel apartado barrio, donde nos aguardan muchas personas conocidas.

## II

## LA PROCESION

Era una hermosísima y apacible tarde, en que la Primavera, vestida de andaluza, llenaba el cielo de esplendores y sonrisas, de cálidos besos el sosagado ambiente y de fragantes rosas los huertos y balcones de la Ciudad, el lustroso peinado de las doncellas y las manos de sus felices ó desgraciados amadores.

Todavía faltaba media hora para la salida de la Procesión, y la calle de Santa María de la Cabeza, (á cuyo extremo inferior se halla situado el Templo del mismo nombre), estaba ya hecha un patio del Cielo, una antesala de la Gloria, un verdadero Empíreo... tal y como los nietos de Adán y Eva nos imaginamos y solemos representar semejantes excelsitudes desde nuestro confinamiento terrestre....

Quiero decir con esto, que todas las ven-